

hizo cuanto pudo para promover la honra de esta señora. Queriendó ella manifestar cuánto se complacia con el zelo de Silveira, hizo que en el dia de la Purificacion descubriesen tierra por primera vez y que despues de una horrible y tenaz borrasca divisasen en Mozambique la iglesia de nuestra señora del Muro, que les sirvió de fanal y de buen presagio. En cuanto saltaron á tierra, Silveira se descalzó y en esta forma se fué á cumplir sus votos á dicha iglesia, donde se estuvo algunos dias sin salir; y si uno de los navegantes mas principales no le hubiese sacado de allí á la fuerza, habia resuelto permanecer hasta el momento de reembarcarse. Su primer cuidado así que llegó al reino de Monomotapa, fué enviar un buen número de intercesores á la Virgen, á fin que esta señora dispusiera el corazon del rey á quien era enviado, para recibir con provecho la nueva de la salud eterna. Era un espectáculo agradable á los ángeles y á los hombres verle en un bosquecillo de palmeras implorando el auxilio de su tutelar y arrodillándose á cada Ave María ante la imágen de la Virgen, que habia colgado de un árbol. Pudo tanto con sus oraciones y súplicas, que mediante el favor de nuestra señora el rey recibió el santo bautismo con mas de trescientos señores principales de su corte, segun queda dicho en otro lugar. Pero el colmo de la dicha para Silveira fué que ganó la corona del martirio y mereció disponer á la nacion de los cafres para recibir mas adelante la semilla del Evangelio por el zelo é industria de varios diligentes operarios.

*Los que gobiernan á los demas.*

XVII. Aquellos á quienes ha elegido Dios para gobernar el mundo ya en lo espiritual, ya en lo temporal, han recurrido desde luego á la madre del ángel del gran consejo á fin de regir á los pueblos en justicia. Yo no sé

si lo ha hecho nadie con mas afecto y confianza que San Esteban, rey de Hungria. Este principe transfirió á nuestra señora todo el derecho de soberania que tenia en su reino, contentándose con ser considerado como lugarteniente de ella. Ademas ordenó que en adelante fuese llamada absolutamente la señora, cuyo nombre le quedó despues. Como un dia temiese de resultas de las turbaciones del reino que la semilla del cristianismo tan arraigada en todas partes se sofocase en su primavera, recurrió á la Virgen diciéndole: Santa señora, te suplico no permitas que tu heredad sea destruida por los enemigos de tu nombre, á lo menos que no acontezca esto por mi flojedad ó desconfianza, pues tienes tantos otros medios de vengarte de un mal rey como yo soy.

XVIII. Siempre me he complacido muchísimo con la singular piedad del cardenal de Joyeuse, honor de los prelados franceses, que habiendo sido nombrado protector de su reino al principio del pontificado de Sixto V, se encaminó en derechura á Loreto á implorar la proteccion de la Virgen santísima para cumplir dignamente su encargo. Dijo misa con mucha devocion en la santa capilla y ordenó la oracion de las cuarenta horas, á cuyo buen suceso contribuyeron en gran manera los sermones del obispo de Loreto y el fervor del clero y pueblo de aquel lugar y de otros, que habian acompañado al cardenal ó acudido con la noticia de su devota romeria.

XIX. ¿Qué diré de S. Carlos Borromeo, lumbrera brillantísima de la iglesia, gloria y ornamento del episcopado y modelo de toda santidad? Diré segun testimonio de un familiar suyo é historiador de su vida que desde que se vió como una antorcha puesto sobre el candelero de la iglesia, se echó en brazos de la madre de Dios; que no emprendió nunca cosa alguna sin encomendársela antes; y que dió otras muchas pruebas de su humilde servidumbre, como se verá en diferentes oca-

siones. Diré que nuestra señora contribuyó á hacerle el diligentísimo restaurador de la disciplina, el ardentísimo defensor de los derechos é inmunidades de la iglesia, el perfectísimo dechado de la vigilancia pastoral, el zelador infatigable del servicio de Dios, el muro fortísimo de su casa, el dispensador liberalísimo de los dones de su señor, el refugio seguro de los afligidos, el justo terror de los malos, el padre benignísimo y amable de los buenos; es decir, un Atanasio en la paciencia, un Crisóstomo en la libertad, un Tomás en la firmeza, un Anselmo en la dulzura, un Ambrosio en el valor, un Agustín en el zelo, un Juan el limosnero en la caridad, un Basilio en la piedad, un Leon en la gravedad, un Gregorio en la vigilancia, un Taumaturgo en los prodigios, y para comprenderlo todo en pocas palabras, un pastor perfectísimo. Diré, pero sin exageracion, todo lo que el Sabio dice de Moisés y Aaron, modelos acabados de sacerdotes. Diré que fué querido de Dios y de los hombres, los cuales conservarán siempre y bendecirán su memoria: que igualó en gloria á los mayores santos: que con sus fervientes oraciones ahuyentó la horrible peste que asolaba á la ciudad de Milan: que Dios le glorificó en presencia de los príncipes y magnates de la tierra: que le mandó comunicar sus disposiciones y decretos á su pueblo: que le hizo eminente en la contemplacion é ilustre en todo género de virtudes de las que constituyen un prelado ejemplar. Diré que sus sacrificios diarios eran animados del fuego del amor divino: que el supremo pastor de la iglesia, su tío materno, le ungió las manos con el óleo santo: que Dios castigó á los que se declararon contra él é intentaron quitarle la vida por no poder sufrir el resplandor de sus heroicas virtudes; en fin que quiso ser su heredad y su porcion. Le daré sin recelo las alabanzas que el mismo escritor sagrado da al sumo sacerdote Simon, hijo de Onias, en el capítulo L del Ecle-

siástico, y diré que él durante su vida sostuvo el templo y afirmó la casa de Dios: que en sus dias se hincharon las fuentes de la doctrina celestial como las aguas del mar para desparramarse por todas partes é inundar la tierra: que curó á infinitas personas de las enfermedades espirituales de que eran atormentadas, y apartó á muchos del camino de perdicion: que amplificó extraordinariamente la iglesia dándole buenos ministros y reformando por todos los medios las costumbres corrompidas. Diré que resplandeció en su vejez como una estrella en medio de una nube densa y negra, como la luna llena entre las estrellas y como el sol entre los demas astros: que fué como el arco iris en tiempo de lluvia, como la rosa de la primavera, como la azucena en la corriente de un arroyo, como el incienso que destila en el estío ó se evapora en el incensario. Diré que fué tan precioso como un vaso de oro guarnecido de piedras finas; y que no deleita mas ver al verde olivo lleno de vástagos ó al ciprés que se eleva hasta el cielo, que verle á él cuando revestido de la sagrada púrpura y de los ornamentos pontificales subia á celebrar al altar en medio de su clero. Por último diré que todo lo grande y sorprendente que hubo en él, fué obra de su confianza en la madre de Dios y del esmero con que esta cuidó de él.

XX. Vé aquí otro cardenal que pudo servir de pauta á los otros dos y que fué ornamento de toda la iglesia: hablo de S. Buenaventura. Este esclarecido santo segun testimonio de Pedro Galois que escribió su vida, no bien fué elegido general de la órden de S. Francisco (cuyo cargo desempeñó por espacio de diez y ocho años), recurrió á la virgen María, de quien era devotísimo desde la niñez, y la escogió por su guia y protectora. Cuando le ocurría alguna dificultad, al punto acudia á su celestial maestra. Mientras fué superior de toda su religion, mandó expresamente á los predicadores de la mis-

ma que en sus sermones exhortaran con frecuencia los fieles á la devocion hácia nuestra señora y á saludarla con la oracion angélica cuando oyesen tocar la campana despues de completas. Además ordenó que desde Natividad hasta la Epifanía se concluyesen los himnos del oficio divino con estas palabras: *Gloria tibi, Domine, qui natus es de Virgine*; costumbre que despues fué observada por la iglesia universal. Instituyó en Roma una cofradia titulada del Gonfalon y prescribió á los cofrades ciertas oraciones para honrar é invocar á la Virgen santísima. Esta por su parte hizo maravillas para asistirle y engrandecerle delante de Dios y de los hombres; de suerte que despues de S. Francisco no ha habido otro general que haya hecho tanto por su órden como él. Restauró la disciplina regular que en algun modo habia decaido de su primitivo fervor: formó nuevos estatutos y escribió á todos los prelados de la religion para que contribuyesen á restituírle su antiguo esplendor: arregló las provincias y custodias; y fué padre de todos sus religiosos mezclando la severidad con la dulzura y templando el rigor de que tenia que usar á las veces, con un afecto cordial. No por eso dejó de servir á la iglesia universal, porque se habia granjeado tal fama de sabiduría y santidad, y con estas dos calidades habia adquirido tal influencia sobre los ánimos, que estando vacante la santa sede ya hacia unos tres años por muerte de Clemente IV á causa de no poder convenirse diez y siete cardenales congregados en Viterbo para la eleccion de sucesor, todos unánimemente dieron sus votos á S. Buenaventura, para que él solo nombrase al que juzgara idóneo y digno de ocupar la cátedra de S. Pedro; con la condicion de que si él queria nombrarse á sí mismo, sería reconocido por papa. Pero el santo que por su profunda humildad se hallaba bien distante de tal pensamiento, nombró á Tibaldo, vizconde de Placencia y arcediano de Lieja, varon muy famoso por

su gran piedad y ocupado entonces en la conquista de la tierra santa. El nuevo pontífice, que tomó el nombre de Gregorio X, justificó de tal manera por su conducta el juicio de S. Buenaventura, que mereció ser canonizado en la iglesia de Arezzo, donde se guardan sus reliquias. A esto añadiré que habiendo convocado el mismo Gregorio un concilio general en Leon de Francia mandó á S. Buenaventura asistiese á él, y para mas autorizarle le dió el capelo y la mitra de Albano, que es una de las seis iglesias sufragáneas del obispo de Roma. En aquel agosto concilio llevó S. Buenaventura el peso principal así en la disputa con los griegos que fueron reducidos á la obediencia del vicario de Jesucristo y á la unidad de la iglesia, como en las demas definiciones de los padres. Finalmente allí mas cargado de méritos que de años fué llamado por Dios á gozar de las delicias del paraíso con tanto sentimiento de la iglesia militante como contento de la triunfante.

XXI. El B. Jordan, general de la órden de santo Domingo, veneraba muchísimo á la reina del cielo y protectora de su religion, de suerte que no emprendia cosa alguna sin encomendársela. En sus viajes su principal ocupacion era conversar con ella y cantar himnos en loor suyo; lo que solia hacer con tal devocion que vertia mas lágrimas que palabras pronunciaba.

XXII. A estos insignes varones me parece que sin lisonja puedo añadir el P. Claudio Aquaviva, quinto general de nuestra compañía, nombrado para este cargo y presentado á nuestro Señor por su gloriosa madre, segun he dicho en otra parte. En todo el tiempo de su generalato se portó como fidelísimo siervo é hizo todo lo posible para que fuese especialmente venerada en la órden, á cuyo fin escribió una carta preciosa. Nunca esperaba le saliese bien cosa alguna como no se la hubiese encomendado á la Virgen. Esta señora en recompensa le

alcanzó la gracia de vencer infinitas dificultades y obstáculos en los treinta y cuatro años que fué general, de propagar la Compañía, de dotarla de muchos y buenos estatutos, de darle por decirlo así la última mano y de hacerse digno del respeto y amor universal.

XXIII. La singular confianza de santa Teresa de Jesús merece ser imitada de todos los que mandan á los otros de parte de Dios. En su vida se lee que en cuanto llegó al convento de la Encarnacion de Avila para tomar posesion del oficio de priora, lo primero que hizo fué colocar en la silla prioral del coro una imágen de bulto de nuestra señora, entregarle las llaves del convento y manifestar á las religiosas que ella no era nada y que la verdadera priora y la que habia de gobernarlas era la Virgen santísima, á quien está particularmente dedicada esta religion. No se pasaron muchos dias sin que le mostrase nuestra señora cuán agradable le habia sido aquel acto, segun lo dejó por escrito la misma santa madre; porque la vispera de S. Sebastian cuando se entonaba la salve en el coro, vió Teresa bajar á María santísima con crecida muchedumbre de ángeles y ocupar la silla prioral donde se habia colocado su imágen, y acabada la antífona dijo á la santa: Bien has hecho en ponerme aquí: yo estaré presente á las alabanzas que se canten á mi hijo y cuidaré de presentárselas.

XXIV. Por no alargarme mas á indagar otras muchas particularidades diré solamente en general que la práctica de los mejores siervos de la Virgen ha sido siempre y lo es aun ahora mas que nunca no emprender cosa alguna sin aconsejarse antes de ella y sin haberle pedido su santa bendicion; práctica muy digna de ser imitada por todos los que hacen alarde de servirla, ya en razon de las muchas ventajas que sacarán á cada instante, ya por la honra y gloria que redundará á aquella á quien no pueden reverenciar bastantemente.

§. II.—La segunda señal de confianza: recurrir á ella en todas las dificultades.

I. El seráfico doctor S. Buenaventura de quien acabo de hablar, deseando satisfacer la devocion de un amigo suyo que le habia pedido alguna regla para vivir bien, le envió un cuadernito llamado los veinte y cinco memoriales, que son otros tantos preceptos dignos de conservarse en la memoria. El décimotercero dice así: «Tributa en todo tiempo un honor cordial á la gloriosa madre de Dios y recurre á ella como á un refugio seguro en todas tus necesidades y peligros; eligela por abogada y con gran confianza encomiéndale todo lo que mire á ti.» Esta máxima nos pone en la mano la llave de oro de la confianza para abrir el retrete de las delicias de nuestra amorosa madre y sacar de allí la medicina de todas nuestras miserias, porque todo lo alcanza esa confianza. S. German de Constantinopla tenia presente esta consideracion cuando decia á la virgen Maria: «Santa señora, ¿qué eres tú sino la medianera de nuestra salvacion, nuestro auxilio cierto, nuestra infalible asistencia y nuestra abogada, que llevas en tus labios la palabra de nuestra reconciliacion y haces parezcan buenas nuestras disculpas para alcanzar el perdon de nuestros pecados, el asilo de que se gloria nuestra confianza, el muro inexpugnable de los cristianos, la armería de los buenos reyes, la principal batería de los principes fieles, el ángel de las batallas que les ciñes la corona de laurel y les pones la palma en las manos? Por este motivo te suplicamos humildemente no deseches á los que se acogen á ti; da la mano á los que están en peligro; tranquiliza á los que son asaltados de la borrasca; y aniquila las insolentes amenazas de los que nos insultan en desprecio de tu querido hijo y de ti.» Esa misma confianza es el gran escudo del alma, que está á prueba de todas las tentaciones del ene-